

Aichinger, Wolfram, *El fuego de san Antón y los hospitales antonianos en España*, Wien, Verlag Turia+Kant, 2009, 191 pp. ISBN: 978-3-85132-574-4

Ignacio Arellano

GRISO-Universidad de Navarra
ESPAÑA
iarellano@unav.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 2.1, 2014, pp. 165-167]

Recibido: 05-06-2013 / Aceptado: 24-06-2013

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2014.02.01.12>

En este precioso libro, escrito con muy apreciable claridad expositiva y notable estilo literario (virtudes solo asequibles a quien domina con soltura su tema de estudio), Aichinger ofrece una concentrada revisión de los motivos en torno a la orden antoniana y el fuego de san Antón, en una serie de capítulos que van del examen del mito del cornezuelo como responsable de la enfermedad, hasta la extinción de los antonianos, pasando por las actividades petitorias, las fundaciones antonianas, las visitas de los demandadores de limosnas, los privilegios papales y reales, los conflictos y dificultades provenientes del enfrentamiento con otras órdenes, o la corrupción de los comendadores antonianos.

Desde la Edad Media hasta el XVIII el lector asiste a un viaje a través de los principales aspectos de la difusión y presencia de la enfermedad llamada del «fuego de san Antón» (que Aichinger, con muy buenas argumentaciones no limita a la intoxicación por el consumo de cornezuelo, sino que hace extensiva a otras muchas dolencias de sintomatología y efectos semejantes), y a través de las vicisitudes de la orden antoniana.

Integra la cuidada documentación histórica con los textos literarios, y evoca con maestría de investigador y de literato los ambientes populares, el transitar de los cerdos del santo por las calles de las ciudades medievales y por las más complicadas de épocas posteriores (en la Ilustración este vagabundeo de los cerdos del santo ya no parecerá aceptable a las autoridades), las terribles amputaciones, las peleas por el dominio de las casas, la decadencia de los hospitales, las supersticiones y otras interesantes circunstancias que no dejan decaer la atención del lector.

Si el objetivo del libro era, como señala su autor, «lograr una visión sintética de la historia de los antonianos en España y dar al lector algunas claves que le permitan entender los factores que llevaron al surgimiento, apogeo y disolución de

esta comunidad religiosa, cuyas prácticas, símbolos y modo de vida no dejan de sorprender al investigador moderno» (p. 13) lo ha conseguido con harta destreza, y con bien ponderadas estrategias narrativas:

este estudio no quiere ser solo fuente de debate para especialistas, sino captar algo de la vibración de los tiempos pasados. Intentaré evocar colores, olores y el fluir de la vida cotidiana. Como mejor se consigue esto es haciendo oír las voces contenidas en los antiguos documentos... (p. 13)

En una época en la que abundan los llamados estudiosos que ignoran los textos, desprecian los archivos, y marginan cualquier preocupación humanista, desinteresándose por la historia, la literatura y la cultura, para derivar en hermetismos pedantes (eso sí, en la «frontera del conocimiento») un libro como el de Aichinger devuelve la confianza y el gusto a los que se preocupan de las dolencias, las esperanzas, las eternas luchas del hombre por entender en qué mundo vive o muere, por el fuego de san Antón, por el cáncer o por el sida.

Especialmente interesantes para los lectores más inclinados a lo literario serán los capítulos dedicados al fuego de san Antón en las letras medievales y del Siglo de Oro. Me parece acertado el comentario del epitafio quevediano a un cristiano nuevo junto al altar de san Antón:

Aquí yace mosén Diego
a santo Antón tan vecino
que huyendo de su cochino
vino a parar en su fuego.

Añadiría quizá una sugerencia: es posible que no se refiera tanto a un judío como a un morisco (*mosén* es tratamiento usual en la corona de Aragón, abundante en moriscos, igualmente enemigos del cerdo), pero esto es poco relevante. El personaje, a mi juicio, debe de ser un mosén ficticio, protagonista de un texto burlón, y el fuego aludido, con el que juega la referencia al fuego de san Antón, es el del infierno, sin duda.

Episodios de especial impacto hallará también el lector en la historia de la pobre Catalina Rodríguez, a la que se le cayó un brazo en Salamanca en 1650 (pp. 18-19), o en la terrible amputación de sor María del Sacramento, narrada con lujo de detalles por su compañera de orden carmelita sor Ana de san Bartolomé, que fuera secretaria de santa Teresa de Jesús (pp. 105-107).

A las buenas razones que propone Aichinger para explicar el éxito del culto de san Antón, aunque realmente no fueran en España muy graves las epidemias de ergotismo u otras variedades de la plaga (la potencia emotiva e imaginaria del fuego, etc.) podría seguramente añadirse otra, a mi juicio importante: se trata de un santo patrón de los animales (hasta hace relativamente pocas décadas eran habituales las «revueltillas de san Antón» en los pueblos españoles, donde los animales eran bendecidos: la costumbre se conserva parcialmente en la bendición posterior de mascotas y animales de compañía, una vez extinguidos prácticamente los gana-

dos de labor): la importancia y omnipresencia de los animales sobre todo en el ámbito rural explica también la enorme implantación de este santo.

En suma, si los clásicos tenían razón al pedir a un libro que enseñara y entretuviera, este de Aichinger hubiera satisfecho a los más exigentes.

